

Alberto Blanco

Otra forma del silencio

Obra reciente de Susana Sierra

Cada sílaba es una pincelada
del retrato que estás pintando
en el vacío dentro de mí.

Rumi

1. La fuente

Cuando Hokusai frisaba ya los ochenta años y era considerado él mismo una obra de arte viviente en el Japón, elevaba sus preces pidiendo a los dioses diez años más de existencia: "Diez años más y cada pincelada estará viva". Sin necesidad de establecer comparaciones, se puede decir que hay en el trabajo de Susana Sierra —en general— y en la obra reciente —muy en particular— la expresión de un deseo semejante: que cada pincelada esté viva. Lo cual equivale a decir: que todo movimiento sea exacto. Sí, exacto en el sentido de que observe una clara correspondencia con esa *necesidad interior* de la que habló Kandinsky sin cesar. Es en esta precisión de cada pincelada, de cada tono, que en la obra de nuestra pintora destaca un elemento implícito en la repetición atenta de los trazos y en la gradación tonal: el ritmo.

En el corazón una imagen se forma:
"Regresa a la fuente del origen."

El corazón vuela en todas
direcciones,
lejos del mundo del color y los
aromas
exclamando: "¿y dónde está la
fuente?"

Como en el poema de Rumi, las pinceladas vuelan en todas las zonas del



Fuente de silencio, 120 x 150 cm

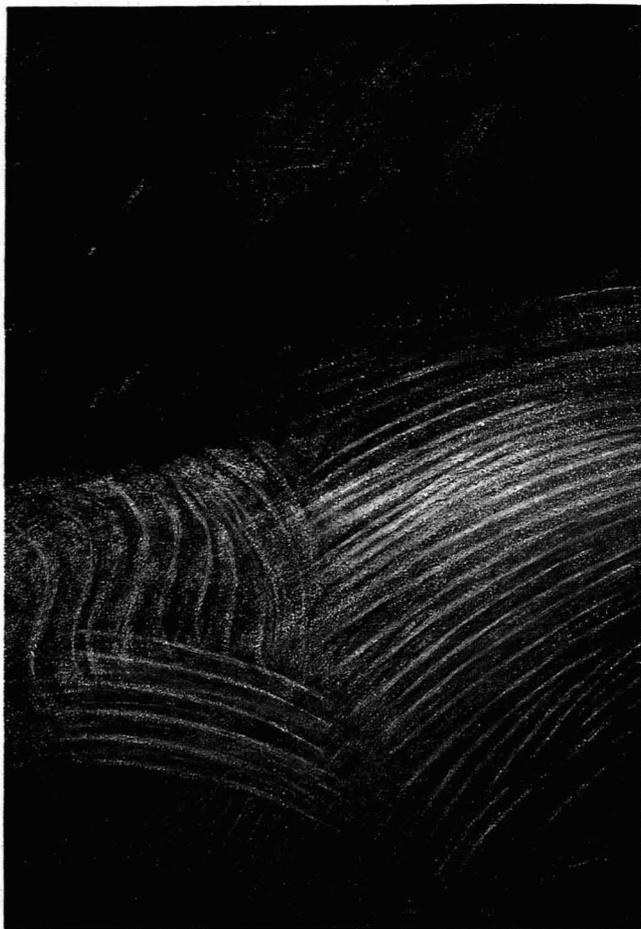
cuadro y en todas las direcciones llevando impregnada esta sola pregunta: ¿Cuál es la fuente? ¿De dónde vienen estas formas y estos colores, este ritmo, esta necesidad de pintar? La respuesta está allí mismo, enerrada en esos rectángulos de materia prima, transfigurada ya por la potencia de la visión de una artista. Porque

El hombre es visión, el resto es piel...
Disuelve tu cuerpo entero en la
mirada:
ve hacia la visión, ve hacia la visión...

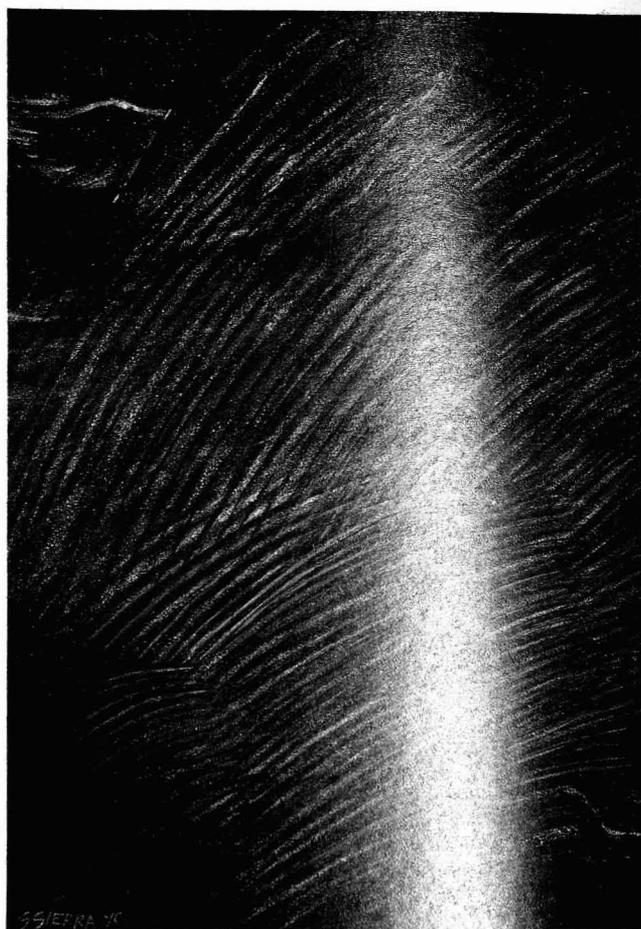
Lo que en esta pintura es real es la visión; el resto es forma y color. Lo que es real es el proceso de transformación, que está allí, a la vista de

todos, para ser recreado y compartido; el resto es estilo. Lo que es real es el latido interior que marca el ritmo; el resto es la ceniza de la imaginación. Pero es precisamente a partir de lo que resta que nosotros podemos reconstruir con nuestra comprensión, con nuestra mirada, esa danza que Susana Sierra ha trasladado a la superficie de sus telas.

Si es verdad que en muchos pintores gestuales —*action painters*— una filmación de su modo de trabajar nos brindaría un espectáculo interesantísimo, una danza que no se parece a ninguna otra, un acecho, un cortejo, una ronda... creo que en el caso de Susana Sierra daría por resultado una danza concentrada en un ritmo sostenido que



Aquietamiento, óleo/tela, 100 x 80 cm



Irrealidad, óleo/tela, 140 x 120 cm

—tal vez— no estaría muy lejos de los movimientos que ejecutan los derviches. Y aquí me refiero a su sentido, a su ritmo hipnótico, a su perseverancia, y no a los aspectos meramente circunstanciales de la hipotética coreografía.

Hay música y danza y canto en estas obras. Se les puede escuchar y sentir detrás de las formas visibles como un oleaje que no termina. Un flujo que obedece a su propio ritmo y conserva el eco de esa fuente original: forma del silencio, plegaria íntima, raíz de la visión.

Los ríos son corrientes de luz

Kabir

2. La otra orilla

Existe en la pintura reciente de Susana Sierra un elemento que la distingue de su producción anterior. Un elemento primigenio, cargado de sugerencias

oníricas, que refuerza en nosotros la sensación del paso acompasado del tiempo a la vez que reafirma una impresión de intemporalidad: el agua.

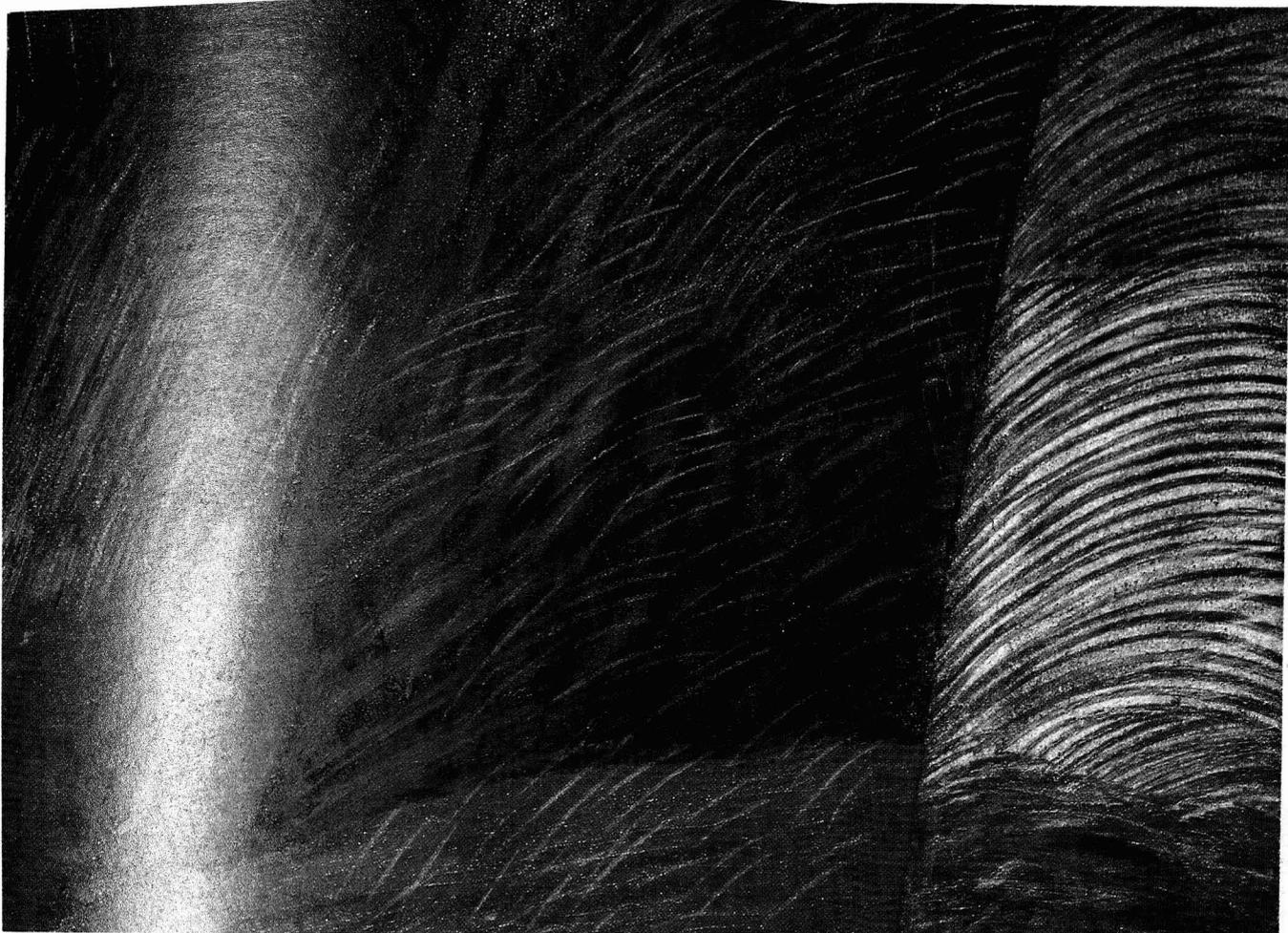
Dice Paul Claudel: "El agua es la mirada de la tierra, su aparato de mirar el tiempo". He aquí la conjunción expresa del agua y la mirada en la imagen que fluye como un río: el transcurso del tiempo. Los tres elementos comparten un ritmo y la certeza de un origen. He aquí el manantial —fuente de vida— y los destellos del río que no cesa.

Ananda K. Coomaraswamy ha señalado que, en el budismo como en el brahmanismo, la "Vía del peregrino", representada como un "viaje", puede ponerse en relación de tres modos distintos con el río simbólico de la vida y la muerte: el viaje puede cumplirse, sea remontando la corriente hacia la fuente de las aguas; sea atravesando las aguas hacia la otra orilla; sea descendiendo con la corriente hacia el mar.

Este fragmento tomado del texto *El paso de las aguas*, de René Guénon, subraya el íntimo parentesco que existe entre el agua y el ritmo (aquí podríamos hablar también de la luna), lo que equivale a decir: el agua y el tiempo. Este parentesco encuentra su cabal representación en el paso de la corriente de un río... un nacimiento irresistible, un despertar.

Por lo que toca al parentesco del agua y la visión, vale la pena recordar aquel pasaje donde Italo Calvino habla de la *Visibilidad* en sus *Propuestas para el próximo milenio*:

¿De dónde proceden los mensajes visuales que recibes, cuando no están formados por sensaciones depositadas en la memoria? "Muévete aquella luz que el cielo sella": según Dante —y según Santo Tomás de Aquino— hay en el cielo una especie de manantial luminoso que transmite imágenes ideales.



Forma aleatoria, óleo/tela, 120 x 150 cm

Ya se ha señalado en otra exposición que los títulos de los cuadros de Susana Sierra "son evocativos de una realidad trascendente que, por virtud del ritmo y la lógica visual, es capturada en la inmanencia de la forma". No en balde casi todos los cuadros de esta exposición llevan títulos que nos remiten a su origen: fuente, río, mar.

El río y sus olas forman un solo cuerpo:

¿dónde está la diferencia entre el río y sus olas?

Cuando la ola se levanta, es agua...
y cuando cae, es la misma agua de nuevo.

Como en el poema de Kabir, cada pincelada en las pinturas de esta muestra ha brotado de ese ritmo interior. Cada trazo se ha elevado por un momento de ese flujo incesante para caer en la superficie de la tela y dejar allí su marca indeleble; para volver al manantial del



Ritmo del tiempo, óleo/tela, 150 x 120 cm

ojo y reintegrarse en la lluvia paciente de trazos al ciclo sin límites –pero finito– de la creación. Ondulaciones: agua, ritmo, respiración.

“Cuando el río es caudaloso, no hace ruido...” Cada ola es una pregunta respondida, una aspiración luminosa, una forma del silencio.

Así sucede con los ríos de la tierra que, aunque se desborden impetuosos van a parar finalmente al mar.

Ibn Hazm de Córdoba

3. El mar

Otra forma del silencio está madurando en el trabajo de Susana Sierra. La vehemencia de su entrega, manifiesta en la energía de los trazos y en la vivacidad de los colores, se condensa finalmente en una visión centrada y en perfecto equilibrio: cada pincelada es

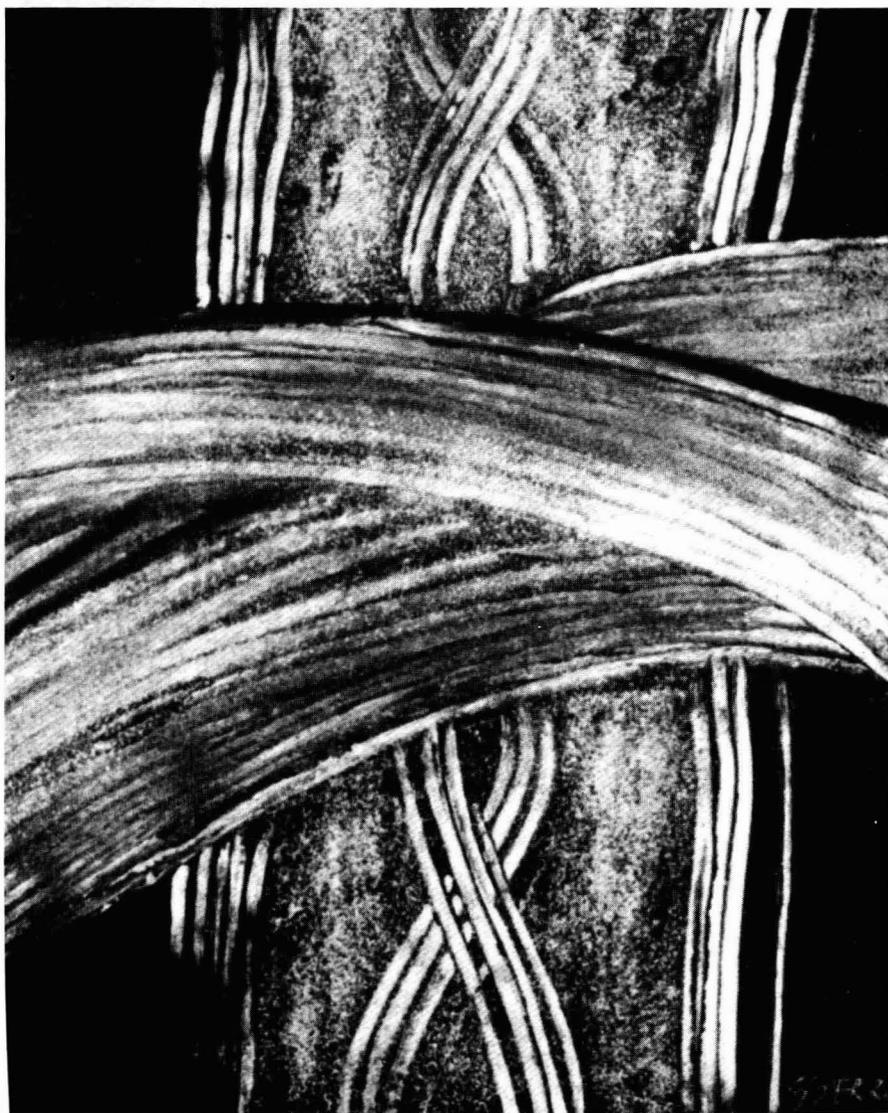
un latido, un hilo en la textura, una sílaba en el interminable palimpsesto. Depuración. Al trabajo gestual y rico en texturas de un principio (que podría hacernos pensar en Tapiès, en Tamayo), seguido por símbolos grabados en la rica superficie de la tela –velada en ocasiones– que vinieron después (y que podría remitirnos al arte de los aborígenes australianos, a Toledo, a Klee), sucede ahora una serie de telas donde aquel trabajo gestual y caligráfico se ha decantado hasta dejar el paso a un ritmo; donde los símbolos que por tanto tiempo aproximaron su pintura al arte tántrico se han evaporado dejando el espacio abierto. Es en este espacio donde la energía vital se manifiesta más libre que nunca, con toda pasión e intensidad. “Tal vez esta energía sea el tema único de esta exposición” –las palabras son de Elsa Cross– “de la misma manera en que,

según nos dicen los físicos, es el sustrato de todo lo que existe”.

La pintura de Susana Sierra ha seguido un camino estrictamente personal. Pocos podrían advertir en su trabajo las huellas de sus maestros: Roger von Gunten, Manuel Felguérez... sería más fácil traer a colación ahora la pintura de Rothko o de Tobey que la de algún otro pintor mexicano. Ni siquiera entre los más jóvenes encuentro paralelo. Sólo muy recientemente he visto el trabajo de una pintora argentina, María Finocchietti, que en algún sentido se le asemeja. En todo caso la obra de Susana Sierra ha ido definiendo sus perfiles firme y sosegadamente, buscando ese camino del justo medio donde la pasión no se traduce en tensión, ni la mirada contemplativa carece de aguda inteligencia. Una pintura plena de pasión inteligente, puesta en foco a través de un largo proceso de reflexión en el sentido mismo del trabajo. Un lento y laborioso esfuerzo por comprender también la naturaleza de los materiales que utiliza para realizar sus obras.

Porque siempre ha habido en el trabajo de Susana Sierra un enorme respeto por las cualidades de los materiales que utiliza –por un lado– y una bien ganada libertad para expresarse con ellos, a través de ellos –por el otro–, en esta dialéctica se encuentra –creo yo– una más de las claves que nos puede permitir una vía de acceso al diálogo interior de su pintura: libertad y rigor; espontaneidad y maestría en el dominio de los medios; inspiración y constancia al servicio del trabajo. En pocas palabras: intuición y reflexión.

Pero más importante, quizá, que recrear este diálogo interior sea la posibilidad de acceder a ese punto luminoso donde el diálogo interior cesa, y hacia el cual apuntan las tres metáforas fluviales que mencionan Coomaraswamy y Guénon. En última instancia tal vez sea ésta la aspiración de la artista que, a través de la pintura, busca reconciliar y trascender las polaridades hasta llegar a disolver “la más grande polaridad del pensamiento humano”, aquella que se da entre la forma y el cambio, el canto y el silencio, la vista y la visión. ◇



Canal interior, 100 x 80 cm